

Relatos ROBERT A.
HEINLEIN

Waldo y
MAGIC, INC.

¿Qué pasaría si el mundo y la sociedad se hallasen regidas por la magia, como en los más remotos tiempos prehistóricos; si las leyes de la casualidad hubiesen quedado abolidas y la magia, la hechicería, el poltergeistismo y el «Más allá» volviesen por sus fueros? En *Waldo y Magic, Inc.* vemos a una sociedad humana, casi contemporánea, en la cual la práctica de la magia es cosa normal y existen magos y brujos diplomados, cuyos servicios utilizan casi todas las profesiones y el comercio en general.

Con su peculiar estilo Robert A. Heinlein mezcla con su ironía agudas y profundas observaciones de carácter filosófico, muy en línea con el pensamiento actual, de revalorización de los aspectos oscuros del saber, como la magia, el ocultismo y la alquimia.

WALDO

La representación de aquel acto de ballet continuaba, como jamás se había visto nada anteriormente.

Los pies del bailarín creaban un intrincado juego de pasos difíciles como imposibles arabescos de una danza genial. El auditorio contenía la respiración, conforme saltaba, con aquellos saltos de pájaro ingrávito a cuya altura nadie había llegado, y bailando como si flotara en el espacio una prodigiosa fantasía.

Terminó cayendo sobre sus pies, perfectamente equilibrado, aunque produciendo un ruido fortísimo y tonante. Los proyectores apagaron sus luces, se encendieron las del escenario y el público, que permaneció extático por un momento, rompió en atronadores aplausos.

Había sido una danza maravillosa, gloriosa, para ser aplaudida frenéticamente y digna de gustarse y de ser deseada.

Cuando el telón cayó por última vez, el artista se dejó conducir por el ayuda de cámara a su camerino. Siempre se encontraba un poco embriagado al final de cada número de danza, la danza era como una intoxicación para él, incluso en los ensayos; pero teniéndole un público animado, y aplaudiéndole, era algo extraordinario y embriagador. Era algo siempre nuevo y siempre enervante.

—Por aquí, jefe... Sonríanos, por favor... Gracias.

Y un flash disparó su relámpago de luz.

—Gracias a ustedes. Tomen un trago. —Y señaló hacia un extremo de su camerino. Aquellos muchachos eran en-

cantadores, tan buenos tipos... los periodistas, los fotógrafos, todos ellos.

—¿Qué tal una foto en el aire, haciendo un paso de ballet?

Se levantó dispuesto a complacer al fotógrafo; pero su ayudante, que estaba ocupado descalzando una zapatilla, le advirtió:

—Tiene que operar dentro de media hora.

—¿Operar? —preguntó el fotógrafo—. ¿Qué es esta vez?

—Una lobectomía cerebral izquierda —respondió.

—¿Sí? ¿Y cómo sabremos todo esto?

—Pueden venir al hospital..., si a ellos no les importa.

—Arreglaremos eso.

Buenos chicos...

—«... tratando de conseguir un artículo sensacional desde un ángulo diferente». —Era una voz femenina la que pronunció aquellas palabras cerca de su oído. Él, miró a su alrededor un poco confuso—. Por ejemplo, ¿qué fue lo que hizo a usted decidirse a abrazar el baile como una carrera?

—Lo siento —repuso él en son de excusa—. No le había oído. Me temo que haya aquí demasiado ruido.

—Le decía —insistió la chica— que por qué se decidió usted a bailar...

—Bien, no sabría ahora cómo responderle. Creo que tendríamos que desandar mucho camino...

James Stevens miró ceñudamente a su ingeniero ayudante.

—¿Qué te ocurre ahora para tener esa cara de hombre feliz?

—Oh, es propio de mi forma de ser —se excusó el interpelado—. Trate ahora de reír con esto: ha ocurrido otra catástrofe.

—¡Santo Cielo! No me digas... déjame imaginarlo. ¿De pasaje, o de carga?

—Un Climax doble cargo entre el corto trayecto Chicago-Salt Lake, al oeste de North Platte. Y, jefe...

—¿Sí?

—El Gran Muchacho quiere verle a usted.

—¡Vaya! Eso es muy interesante, sí, realmente interesante. Mac...

—Sí, jefe.

—¿No te gustaría ser el Jefe de Tráfico de la Compañía Norteamericana de la Energía Aérea? Me parece que este puesto va a quedarse vacante.

Mac se rascó la nariz, pensativo.

—Es divertido que haya usted mencionado eso, jefe. Iba precisamente a preguntarle, qué clase de recomendación me dará para cuando vuelva a la ingeniería civil. Deberá tener algún valor el verse libre de mí.

—Voy a desembarazarme de ti, ahora mismo. Mira, irás en el acto a Nebraska, encuentra ese montón de chatarra, antes de que los cazadores de recuerdos lo deshagan y trata de volver con sus deKalbs y el panel de control.

—¿Habrá dificultades con la policía, quizás?

—Ya puedes figurártelo. Asegúrate de volver con lo ordenado.

—Así lo haré. «Con mi escudo, o sobre él».

* * *

La oficina de Stevens estaba situada inmediatamente junto a la zona de la planta de energía, y las oficinas comerciales de la North-American, lo estaban sobre una colina, a unos tres cuartos de milla más allá. Entre ambas existía un túnel de acceso e intercomunicación; Stevens entró en él y deliberadamente eligió la cinta transportadora de ritmo lento, para disponer de más tiempo en que reflexionar antes de echarse a la cara al Jefe de la planta, el «Gran Muchacho», como todos le decían.

Cuando llegó, su mente estaba despierta; pero no le gustaba la respuesta que podría dar. El Jefe superior, el Gran Muchacho, Stanley F. Gleason, Presidente de la Corporación, le saludó con calma.

—Entre, Jim. Siéntese y tome un cigarro.

Stevens se deslizó en una silla, declinó el cigarro que se le ofrecía y sacó un cigarrillo que encendió mientras miraba a su alrededor. Además del Jefe y de él mismo, estaban presentes, Harkness, director del departamento legal, el Dr. Rambeau y Striebel, el ingeniero jefe de la energía. «Nos hallamos solos los cinco» —pensó sombríamente—. «Todos los pesos pesados y ninguno de los pesos medios. Aquí rodará alguna cabeza a buen seguro... empezando seguramente por la mía».

—Bien —dijo casi en tono beligerante—. Aquí estamos todos. ¿Por dónde empieza la tormenta?

Harkness pareció ligeramente disgustado por la frase, que consideraba impropio. Rambeau parecía demasiado sumido en cualquier preocupación personal como para prestar atención a bromas de mal gusto. Gleason, pareció ignorarlo.

—Hemos estado tratando de hallar una salida para nuestros graves problemas, James. Le he dejado a usted una oportunidad para que exprese su opinión.

—Me detuve simplemente para ver si tenía algún correo personal —dijo Stevens amargamente—. De otro modo tendría que estar en Miami, en la playa, tomando el sol y procurándome vitaminas D.

—Ya sé —dijo Gleason— y lo siento. Se merece usted tales vacaciones, Jimmie. Pero la situación empeora en lugar de mejorar. ¿Alguna idea?

—¿Qué dice el doctor Rambeau?

Rambeau levantó la vista momentáneamente.

—Los receptores deKalb no pueden fallar —declaró enfáticamente.

—Pero han fracasado.

—No puede ser. Ha tenido usted que operar con ellos inadecuadamente. —Y volvió a sumirse en su particular aislamiento.

Stevens se volvió hacia Gleason y extendió las manos.

—Hasta donde yo pueda saber, el doctor Rambeau tiene razón; pero si el fallo radica en el departamento de ingeniería, no he sido capaz de localizarlo. Puede usted aceptar mi dimisión.

—Yo no quiero su dimisión —repuso Gleason gentilmente—. Lo que deseo son resultados. Tenemos una responsabilidad frente al público.

—Y frente a los accionistas —añadió Harkness.

—Esto se resolverá por sí mismo, si nosotros solucionamos lo otro —observó Gleason—. ¿A usted qué le parece, Jimmie? ¿Alguna sugerencia?

Stevens se mordió el labio inferior.

—Hay solamente una —anunció decididamente—. Y una que no me gusta tomar. Pero es así, aunque después tenga que buscar un empleo vendiendo revistas.

—Bien, ¿y cuál es?

—Tenemos que consultar a Waldo.

Rambeau pareció surgir repentinamente de su apatía.

—¡Cómo! ¿Ese charlatán? Esto es una cuestión de ciencia.

—Realmente, doctor Stevens... —comenzó a decir Harkness.

Gleason le detuvo con una señal de la mano.

—La sugerencia del doctor Stevens es lógica. Pero me temo que sea demasiado tarde, Jimmie. Hablé con él la última semana.

Harkness pareció sorprendido y Stevens igualmente molesto.

—¿Y no me dijo usted nada?

—Lo siento, Jimmie. Había pensado en dejarle al margen. Pero no es bueno. Sus condiciones, para nosotros, llegan hasta la confiscación del negocio.

—¿Incluso hasta las patentes Hathaway?

—Hasta alimentar su codicia completamente.

—Creo que debió usted haberme dejado llevar el asunto —intervino Harkness—. No puede hacernos eso a nosotros..., hay un interés público implicado en este asunto. Réntelo, si es preciso, y permita que su retribución se haga con equidad. Yo arreglaré los detalles.

—Me temo que se equivoque usted —repuso Gleason secamente—. ¿Supone usted que una orden de un tribunal, puede obligar a una gallina a poner un huevo?

Harkness pareció indignado, pero se mantuvo callado.

—Yo no habría sugerido la idea de aproximarnos a Waldo —continuó Stevens— si no tuviese la noción de cómo hacerlo. Conozco a un amigo suyo...

—¿Un amigo de Waldo? No sé que los tenga.

—Este hombre es una especie de tío para él..., su primer médico. Con su ayuda, podré atacar a Waldo por el buen lado.

—Esto resulta intolerable —restalló Rambeau poniéndose en pie—. Tengo que rogarles que me dispensen. —Y sin esperar respuesta alguna, salió aprisa de la habitación, dando apenas tiempo a la puerta para que se abriese ante él.

Gleason siguió su partida con ojos en los que se leía un evidente malestar.

—¿Por qué lo toma de esa forma, Jimmie? Nos hace pensar que siente odio personal por Waldo.

—Probablemente es cierto, en un sentido. Pero es algo más que eso, todo su universo está tambaleándose. Durante los primeros veinte años, desde la reformulación de la Teoría del Campo General de Pryor, unida al Principio de la Incertidumbre de Heisenberg, los físicos lo han considerado como una ciencia exacta. Los fallos de la transmisión y los fallos de la energía que hemos venido sufriendo, son una molestia terrible para usted y para mí; pero para el doctor Rambeau, eso constituye un completo ataque a su fe. Mejor será no perderle de vista.

—¿Por qué?

—Porque podría hundirse totalmente. Es una cosa muy seria para un hombre que le falle su fe religiosa.

—Humm. ¿Y qué hay con respecto a usted mismo? ¿No le hiere a usted en la misma medida?

—No del todo. Yo soy un ingeniero, y desde el punto de vista de Rambeau, sólo un chapucero pagado a alto precio. Es una cuestión de diferencia en la orientación. No por eso estoy menos afectado.

En la mesa de despacho de Gleason se encendió el audiodiámetro de comunicación.

—«Llamando al Jefe de Ingenieros Stevens, llamando al Jefe de Ingenieros Stevens».

Gleason pulsó la tecla.

—Se encuentra aquí. Adelante.

—«Código de la Compañía, traducido. Sigue mensaje: Estallado a cuatro millas al norte de Cincinatti. ¿Iré a Nebraska o lo traeré en mi propio cacharro? Fin del mensaje. Firmado: Mac».

—¡Dígale que vuelva inmediatamente! —gritó Stevens violentamente.

—Muy bien, señor. —El instrumento se cortó.

—¿Es su ayudante? —preguntó Gleason.

—Sí. ¿Debo esperar a analizar su fracaso o deberé ir a buscar a Waldo?

—Trate de ver a Waldo.

—De acuerdo. Si no oye hablar de mí, tenga la bondad de remitirme la paga que me quede al Hostal Palmdale de Miami. Tendré la caseta número cuatro por la derecha.

Gleason se permitió emitir una infortunada sonrisa.

—Si no consigue usted un buen resultado, yo seré el quinto. Buena suerte.

—Hasta la vista.

Cuando Stevens se hubo marchado, Striebel, jefe mecánico estacionario, habló por primera vez.

—Si falla el suministro de energía de la ciudad —dijo calmosamente—, ya sabe usted dónde iré a parar, ¿verdad?

—¿Dónde? ¿A la caseta número seis, quizás?

—No es probable. Seré el número uno, en otro estilo... el primer hombre en ser linchado.

—Pero la energía de la ciudad, no puede fallar. Usted dispone de muchísimos dispositivos de seguridad y conexiones cruzadas especiales...

—Tampoco podían fallar los deKalbs, en teoría. Es lo mismo... piense sobre lo ocurrido en el Subnivel 7 de Pittsburgh con las luces apagadas... ¡O... mejor será que deje de pensar en ello!

* * *

Doc Grimes se adentró por el acceso elevado sobre el terreno que conducía a su hogar, echó un vistazo al anunciador y notó con interés afectuoso que alguien, que debía ser bastante íntimo como para conocer la combinación de su casa, se hallaba en el interior. Subió de prisa la escalera, ayudando a su pierna coja, y entró en la sala de estar.

—¡Hola, Doc! —saludó James Stevens, cuando oyó empujar la puerta, levantándose para recibir a su amigo.

—¡Hola, James! Ponte un trago a tu gusto. Ah, ya veo que lo tienes... Por favor, sírveme otro.

—Desde luego.

Mientras su amigo le atendía, Grimes se despojó de un anacrónico y extraño abrigo que le cubría que lanzó, más o menos en dirección al armario. Chocó con el suelo pesadamente, con mucha más fuerza de la presumible por su aspecto, a despecho de su bulto poco manejable.

Inclinándose, se sacó unos pesados pantalones superpuestos, tan macizos como el abrigo. Iba vestido interiormente con un traje convencional de hombre de negocios, azul y negro. No era el estilo que le iba bien a él. Para un ojo no sofisticado en materia de ropa civilizada —digamos

para el hombre mítico de Antares—, podría haber parecido tosco.

James Stevens no hizo el menor caso de la indumentaria de su amigo, pero miró con desaprobación las demás prendas suplementarias que había dejado a un lado.

—Vaya, todavía sigue vistiendo esa anticuada armadura —comentó.

—Ciertamente.

—¡Maldita sea, Doc! Se está usted mismo enfermando, al tener que arrastrar esa chatarra. Eso es enfermizo.

—Me pondría mucho más, si no la llevara.

—¡Al diablo! Yo no me pongo enfermo y nunca llevo armadura... fuera del laboratorio.

—Pues deberías hacerlo —dijo Grimes acercándose adonde Stevens había vuelto a sentarse—. Vamos, cruza las piernas. —Y Stevens le complació; Grimes le golpeó inteligentemente sobre la rótula con el borde de la mano abierta—. El reflejo rotuliano, jovencito, es apenas perceptible. Estás hecho un asco —remarcó mientras volvía uno de los párpados al joven ingeniero—. Desde luego, estás en una forma bajísima —concluyó después del reconocimiento.

—Estoy perfectamente —repuso Stevens moviéndose con impaciencia—. Creo que habla demasiado, querido doctor.

—Bien, y ¿qué ocurre conmigo?

—Bien... Doc, está usted tirando por el suelo su reputación. Están hablando mucho sobre usted.

Grimes hizo un gesto con la cabeza.

—Ya lo sé: «El pobre Gus Grimes... un poco tocado de termitas cerebrales y todo eso...». Bah, no te preocupes por mi reputación, muchacho, yo me considero un poco al margen de todo. ¿Cuál es tu índice de fatiga?

—No lo sé. Supongo que estará bien.

—Con que sí, ¿eh? Creo que tienes dos posibilidades contra tres.

Stevens se restregó los ojos.

—Bah, no me fustigue, doctor. Estoy molido. Ya lo sé bien; pero no es más que un exceso de trabajo.

—¡Hum! James, tú eres un físico inteligente en radiaciones...

—Sólo un ingeniero.

—... Ingeniero. Pero no eres médico. No puedes esperar recibir toda suerte de radiaciones a través de tu cuerpo, año tras año, sin tener que pagar por ello. El cuerpo humano no está concebido para eso.

—Pero yo siempre llevo la armadura en el laboratorio. Ya lo sabe.

—Seguro que sí. Y ¿qué ocurre fuera del laboratorio?

—Pero... mire, Doc, aborrezco el decirlo; pero toda su tesis es ridícula: es seguro que existe energía radiante en el aire en estos tiempos; pero no es nada dañino. Todos los químicos coloidales están de acuerdo...

—¡Coloidales, disparate!

—Pero tendrá que admitir, que la economía biológica es una cuestión de química coloidal...

—No tengo que admitir nada. Yo no disputo que los coloides no sean la fábrica de los tejidos vivientes..., lo son. Pero, he mantenido durante cuarenta años, que era peligroso exponer los tejidos vivos a las radiaciones complejas, sin estar seguro de sus efectos. Por una situación, propia de una larga evolución, el animal humano está habituado y adaptado solamente a la radiación del Sol, lo que por cierto, tampoco soporta demasiado bien, bajo una espesa capa de ionización. Sin semejante capa protectora..., ¿has visto alguna vez un cáncer del tipo solar-X?

—No, desde luego.

—No, eres demasiado joven. Yo, sí. He asistido una vez a la autopsia de uno, cuando estaba como interno. El muchacho, que había estado en una expedición, la segunda al planeta Venus, tenía en su interior cuatrocientos treinta y ocho tumores cancerosos, por lo que le habían desahuciado y había muerto poco después.

—Pero, el solar-X, está barrido de la historia...

—Seguro que sí. Pero debe ser un buen aviso. Vosotros, los brillantes jóvenes de hoy, sacáis de esos laboratorios, cosas que nosotros los médicos no podemos combatir, ni conocer por el momento. Usualmente, no podemos conocer lo ocurrido, hasta que el daño está ya hecho. Esta vez, lo habéis destrozado todo. —Y se sentó pesada y repentinamente, pareciendo tan cansado y abatido, como su joven amigo lo había estado antes.

Stevens sintió la especie de íntima confusión que mantiene la lengua como atada, y que suele sentir un hombre, cuando su amigo más entrañable se enamora de la persona más totalmente indigna y sin valor, sin que pudiese decir nada que resultase audible, al pronunciarlo.

Prefirió cambiar el objeto de la conversación.

—Doc, he venido porque tengo un par de cosas en la mente, y...

—¿Tales cómo?

—Bien, una de ellas, son unas vacaciones. Sé que estoy agotado y sin fuerzas. He estado sometido a un exceso brutal de trabajo y unas vacaciones serían lo mejor. La otra cosa, es su amigo Waldo.

—¿Cómo dices?

—Sí, querido amigo. Waldo Farthingwaite-Jones, bendito sea su estirado cuello y su corazón lleno de malas ideas.

—¿Por qué Waldo? Supongo que no habrás adquirido repentinamente un especial interés por la *miastenia gravis*, ¿verdad?

—Pues, no exactamente. No me preocupa lo que pueda afectarle físicamente; puede tener una urticaria, caspa o lo que sea. Espero que tenga todo eso. Lo que yo deseo, es bucear en su cerebro.

—Ah, ¿sí?

—No puedo hacerlo solo. Waldo no es de los hombres que ayuda a la gente, él usa de la gente a su placer. Usted, es su único contacto normal con el mundo exterior.

—Bueno, eso no es exactamente cierto.

—¿Quién más?

—No me comprendes bien. Él no tiene contactos normales. Yo soy la única persona que se atreve a ser rudo con él.

—Pero yo pensé... No importa. Waldo es el hombre que necesitamos. ¿Por qué, un genio de su calibre, tiene que ser un hombre tan inaccesible, y tan inmune a las exigencias sociales? Yo sé que su enfermedad tiene mucho que ver con ello, pero ¿por qué tendría ese hombre que tener esa enfermedad? Es una coincidencia muy improbable.

—No es cuestión de su enfermedad —repuso Grimes—. O, mejor, no en la forma en que tú te imaginas. Su debilidad es precisamente su genio, en cierta medida...

—¿Y bien?

—Bueno... —Y Grimes pareció reconcentrar su mirada en su propio interior, como haciendo una inmersión en sus recuerdos y en su larga asociación con Waldo, que era prácticamente toda la vida de este último, como paciente particularísimo. Recordó sus temores y desconfianzas subconscientes, cuando asistió a su alumbramiento. La criatura nació bastante sana superficialmente, excepto la ligera tonalidad azul de la piel. Pero entonces muchos bebés salían de todas formas cianóticas en la sala de alumbramientos. Sin embargo, había sentido una ligera repugnancia a darle un tratamiento de incubadora, al recibirlo, la primera bofetada proporcionó a la criatura su primera bocanada de aire a pulmón lleno.

Y el recién nacido pareció agradecer el tratamiento, afirmando su independencia para vivir, con unos magníficos berridos. No hubo nada más que pudiera hacer, entonces era un joven médico que había tomado completamente en serio su juramento hipocrático. Todavía lo seguía considerando, suponía, aunque algunas veces se refería a él humorísticamente como el juramento «hipocrático». Pero había estado acertado en sus suposiciones: algo existía de enfer-

mizo acerca de aquel chiquillo..., algo que no era enteramente la «miastenia gravis».

Lo había lamentado por la criatura al principio, al igual que un irracional sentimiento de responsabilidad por su condición. La debilidad muscular patológica es una condición casi totalmente de invalidez, ya que el paciente tiene todos sus miembros inútiles e incapaces para servirse en lo más mínimo de ellos. La víctima, por tanto, debe yacer abandonada, tan lastimosamente y con tan absoluta debilidad que resulta inútil e incapaz de realizar la más pequeña función normal. Tiene que pasarse la vida en una condición de colapso real, agotada, como un corredor de campo a través al final de una carrera. No puede ayudársele, ni tendrá alivio alguno.

Durante la niñez de Waldo, había esperado constantemente que moriría la criaturita, ya que obviamente estaba destinado a una inutilidad tan trágica, mientras que simultáneamente, como médico, hacía cuanto estaba a su alcance y en sus conocimientos, así como en el de otros médicos amigos para mantener la vida del chiquillo y conseguir su curación.

Naturalmente, Waldo no pudo asistir a la escuela; pero Grimes investigó hasta proporcionarle un buen tutor. Grimes inventó la forma de que la criatura jugase con juegos sacados de su imaginación para estimularla y darle ánimos, haciendo posible que fuese poco a poco haciendo uso de sus músculos debilitados, en la medida de que era capaz.

Grimes había tenido miedo de que la desventaja del chiquillo, al no estar sometido a la influencia tan necesaria de la crianza por una madre, se convirtiera en un retrasado infantil permanente. Y ahora sabía —ya lo supo desde hacía tiempo— que no tenía que haberse preocupado por aquello. El joven Waldo se había agarrado a la vida desesperadamente, aprovechando lo poco que le había ofrecido, y se aplicó fanáticamente a forzar sus indisciplinados músculos a servirle a él.